NOVÍSIMA APARICION

DE LA

SANTÍSIMA VÍRGEN EN FRANCIA.

RELACION DETALLADA

DE ESTE MARAVILLOSO ACONTECIMIENTO, PUBLICADA CON LA AUTORIZACION DEL PRELADO DE LA DIÓCESIS EL SR. OBISPO DE LAVAL, Y ACOMPAÑADA DE UNA PASTORAL DE DICHO PRELADO REFERENTE AL SUCESO, Y DE UN ESTUDIO COMPARATIVO DE LAS TRES ÚLTIMAS APARICIONES DE LA SALETA, LOURDES Y PONTMAIN.

DOCUMENTOS TRADUCIDOS Y PUBLICADOS

POR D. JOSÉ M. LEON Y DOMINGUEZ,

Presbítero, Catedrático del Seminario de Cádiz.

Precio de este opúsculo, medio real en toda España, franco.

CÁDIZ.

IMPRENTA DE LA REVISTA MÉDICA,

DE D. FEDERICO JOLY,

CALLE DE LA BOMBA, NÚMERO 1.

1871.

APARICION

DE

LA SANTÍSIMA VIRGEN EN FRANCIA.

PRÓLOGO DEL TRADUCTOR.

Los periódicos religiosos de España dieron á luz ha poco un lijero relato de esta reciente aparicion de la Madre de Dios en el pueblecito de Pontmain en Francia. Posteriormente se ha publicado con la aprobacion del Prelado, el Sr. Obispo de Laval, el resultado de la investigacion hecha por varios sacerdotes y personas respetables por encargo de dicha autoridad eclesiástica acerca de aquel maravilloso suceso. Y es tal su riqueza y minuciosidad de detalles, tanta su poesía y sencillo encanto, que creemos hacer un gran bien traduciendo y publicando en España esta bellísima descripcion, la mas completa, verídica y auténtica que hasta ahora ha visto la luz. La presente edicion vá enriquecida con la Pastoral que referente á esta aparicion ha dado el Sr. Obispo de Laval, y un artículo comparativo sobre las tres últimas apariciones de la Virgen en La Saleta, Lourdes y Pontmain.

A seis kilómetros al Sur de Landivy y como á cuatro al Oeste de Saint-Mars, hácia los límites de la Diócesis de Laval y casi rayando con la de Rennes, encuéntrase situado el pueblecito de Pontmain.

Anejo por largo tiempo de Saint-Elier, Pontmain fue creado Parroquia en 1840. En 1836, Monseñor Bouvier, Obispo de Mans, habia nombrado Cura de dicha aldea al Abate Guerin, nacido en Laval en 1801. Hace, pues, treinta y cinco años que este venerable sacerdote apacienta á su querido rebaño que consta de quinientas almas, y sus piadosos esfuerzos han recibido siempre la bendicion del Cielo.

El pueblo es profundamente cristiano. Jamás se ha visto en Pontmain trabajar en Domingo: muy raro es allí oir una blasfemia. Los niños, educados en el santo temor de Dios, tienen gran respeto y sumision á sus padres. Tres Hermanas Religiosas, *Adoratrices de la Justicia de Dios*, están encargadas de la enseñanza de los niños y de las niñas.

En medio del pueblecito, á la izquierda como quien viene de Saint-Mars, algo frente á la Iglesia, que está colocada á la derecha, hay una casa de moderno aspecto, si bien puede leerse dentro, sobre una gran chimenea, la fecha de 1598.

Aquí vive la familia Barbedette.

Un poco mas allá, lindando con la casa, hay una granja con techumbre de paja, y una gran portada verde. Si volviendo á esta la espalda, se mira hácia delante, se descubre un poco á la izquierda la Iglesia. Frente por frente y como unos setenta pasos, se levanta al otro lado del camino que atraviesa el pueblo, rodeada de una cerca de poca altura, otra casa habitada por un estanquero llamado Agustin Guidecoq y por Adriano Boitin maestro herrador. A la derecha está la casa de un cordonero, Rousseau de nombre, la cual impide ver la Casa-enseñanza de las Hermanas, situada en el mismo plano que la de Agustin Guidecoq, y separada del camino por un jardin y un pequeño corral, en donde saltan y corretean los niños en la hora del recreo.

Rogamos al lector que nos dispense por lo difuso de los detalles, pues son necesarios para la inteligencia de la narracion.

La familia Barbedette se compone de cinco miembros: el padre, la madre y tres hijos. El mayor de ellos está en la guardia móvil desde el dia 23 de Setiembre. El segundo, llamado Eugenio, tiene 12 años: su rostro, sin ser bello, expresa gravedad, inteligencia, dulzura, candor y bondad. José, su hermano menor, cuenta diez años: es pálido y delicado, pero vivo y travieso. Mas de una vez le hemos oido respuestas tan prontas como ingeniosas (1). Hijos de padres verdadera y profundamente cristianos, han aprendido de ellos la piedad mas acendrada. El lector podrá juzgarlo al ver como pasaron el Martes 17 de Enero de 1871, dia en que tuvo lugar el prodigioso acontecimiento que vamos á referir.

A las seis de la mañana fué su padre, como de costumbre, á despertarlos á la Granja donde dormian. Despues de haber ofrecido su corazon á Dios, se pusieron á machacar aliagas, con que acostumbran alimentar á los caballos en este país, como sucede en casi toda la Bretaña. En seguida entraron en la casa para rezar ambos en alta voz el rosario por el hermano que está en el ejército: despues tomaron un ligero desayuno y se fueron á la Iglesia á ayudar la Misa al Cura.

Mientras llegaba este, hicieron la oracion de la mañana y rezaron el Via-Crucis, ejercicio piadoso que tenian costumbre de hacer todos los dias desde que partió su hermano á la guerra. Terminada la Misa, acompañaron con sus acentos infantiles las públicas preces que se hacian por nuestros soldados; y por último se fueron á la escuela.

Despues de la clase de la tarde y como á las cinco y media del mismo dia, entraban en la Granja los dos niños con su padre. A la pálida y vacilante luz de una vela de resina, tomaron sus mazos de madera y se pusieron á machacar las aliagas, para dar á los caballos el pienso de la noche.

Un cuarto de hora llevarian de trabajo, cuando abriéndose el postigo de la portada de la Granja, entró una mujer. Era Juana Detais, que, al decir de los niños, *enterraba á los muertos.* Acercóse al padre y le dirigió la palabra: el ruidoso trabajo tuvo que interrumpirse, y aprovechándose de aquel descanso, acercóse Eugenio al postigo que permanecía entreabierto. Iba, dice él, á ver qué tal noche hacia.

La nieve cubria la tierra, el cielo estaba despejado y hacia mucho frio. Parecióle que jamás habia visto tantas estrellas, particularmente por encima del camino (2). Tendiendo la vista al frente y mirando hácia la casa de Guidecoq, percibió menos estrellas. De pronto como á unos veinte piés, en medio y por encima de ello, descubre una hermosa Señora. Su vestido celeste (3), sembrado de estrellas de oro, sin ceñidor ni talle, á manera de un saco de niño, caia desde su cuello hasta los piés. Las mangas eran anchas y perdidas.

Su calzado (4), tambien celeste como el vestido, se ajustaba con una cinta de oro que formaba un lazo en figura de roseta. Ocultando enteramente los cabellos y orejas, y cubriendo la tercera parte de la frente, se deslizaba un velo negro sobre los hombros hasta la mitad de la espalda. Echado inmediatamente hácia atrás, no volvió á ocultar mas su rostro. Llevaba sobre la cabeza una corona de oro, sin mas

---

(1) Tú eres muy malo, decíale un sacerdote en nuestra presencia: no puedo creer que hayas visto á la Vírgen.—Y qué, respondió al punto, sereis como Santo Tomás.—Pero, continuó el sacerdote, Santo Tomás era santo—Si, replicó el niño, pero no cuando lo creia.

(2) Segun nuestros cálculos debia ser la *Via Láctea.*

(3) Era tan vivo y brillante, decian los niños, como las bolas de añil.

(4) *Chaussons,* tal es la palabra con que se designa en el campo los *chapines,* y de lo usaban los niños.

adorno que un cintillo rojo á poco mas del medio. Vendria á tener unos veinte centímetros de altura, y asentada sobre el velo, no se elevaba recta, sino ensanchándose á manera de un cono inverso. El rostro de la Señora era pequeño, de una blancura incomparable y una estraordinaria belleza (1). Sus manos se hallaban estendidas y hácia abajo, del mismo modo que se acostumbra pintar á María Inmaculada. Su mirada estaba fija en el niño y le sonreia.

Eugenio se imaginó que aquella vision era el anuncio de la muerte de su hermano en la guerra, del que no tenian noticias hacia ya tres semanas. Sin embargo, la vision no le inspiraba miedo porque le sonreia dulcemente.

Un cuarto de hora permaneció estático y mudo el niño contemplando aquel espectáculo, hasta que salió de la Granja Juana Detais. Cuando atravesaba el umbral de la puerta, la dijo Eugenio:

—Juana, mira hácia la casa de Agustin Guidecoq. Ves alguna cosa?

La mujer dirigió su vista al sitio que le indicaba el niño y contestó al punto:

—Mi pobre Eugenio, yo no veo absolutamente nada.

Su padre y hermano, que habian oido la pregunta de Eugenio, admirados del tono particular con que la habia hecho, se acercaron al instante á la puerta, y levantaron los ojos á donde les señalaba el niño. El primero no vió nada. Eugenio dijo á su hermano:

—Y tú, José, ves alguna cosa?

—Sí, respondió el niño, veo una Señora muy hermosa.

—¿Cómo está vestida?

—Veo una Señora alta que tiene un trage celeste con estrellas de oro, y chapines celestes con bucles de oro (2).

—Dime ahora, José: tiene corona? continuó Eugenio.

—Sí: muy bien la veo: es de oro y ensanchada hácia arriba con un hilito rojo en medio, y un velo negro.

El padre, que oía hablar de tal modo á sus hijos, no acertaba á ver nada por mas que abria sus grandes ojos. Así fué que les dijo:

—Vamos, hijos mios, no estais viendo nada. Si algo viérais, tambien lo veríamos nosotros.... Venid á machacar aliagas en seguida. La cena debe estar ya lista.

Acostumbrados á obedecer á su padre, entraron los niños en la Granja sin hacer ninguna reflexion. En el umbral dijo el padre á Juana:

—No digas nada á nadie, no lo creerian y pudiera producir escándalo.

—Podeis estar tranquilo: contestó la mujer.

Alejóse esta y el padre siguió á los niños.

Aun no habia dado diez golpes el mazo, cuando dijo el padre:

—Eugenio, vé á ver si hay algo todavía.

El niño, obedeciendo con satisfaccion, corrió á la puerta y gritó:

—Sí: todavía sigue lo mismo que antes.

—Pues anda y busca á tu madre, á ver si ella distingue algo. Pero no cuentes nada á Luisa (3). Dile á tu madre que la necesito.

Eugenio partió.

—Mamá, la dijo, quiere V. venir á la granja? Papá dice que la necesita.

Y se la llevó consigo. Al llegar á la puerta, se encontraron con José, que apr-

---

(1) Jamás, decian, hemos visto belleza igual, ni en personas ni en imágenes.

(2) Llámanse bucles (*boucles*) ó lazos en el campo, al lazo de cinta ó roseta hecha con los cordones de los zapatos. Enseñamos á los niños zapatos con hebillas de plata y decian:—Oh, nó, no se parecia á eso. Y uno de ellos señalaba al lazo formado en su cuello por las cintas de su sombrero y decia:—Así era, como este, pero muy redondito y muy bien hecho.

(3) La criada.

vechándose de la interrupcion del trabajo, habia salido de nuevo, y gritaba alborozado batiendo las palmas:

—¡Oh qué hermosa! ¡Oh qué hermosa!

La madre al notar sus ademanes y voces, le tocó al brazo diciéndole:

—¿Quieres callar, muchacho? ¿No observas que nos están mirando?

—Mamá, repuso Eugenio, mirad hácia la casa de Guidecoq á ver si veis algo.

—No, contestó, nada veo.

Eugenio y José hablaron á la vez:

—¿Pero no veis una hermosa Señora con vestido celeste?

É hicieron la descripcion completa.

—Nó, nó, replicó la madre, nada veo.

Despues, conmovida por el tono de sinceridad de sus hijos, que le constaba no sabian mentir, y la admiracion de su padre, continuó:

—Puede ser que sea la Santísima Vírgen la que se os aparece. Puesto que la estais viendo, recemos en su honor cinco Padre-nuestros y cinco Ave-marias.

Mientras tanto, los gritos de gozo y de admiracion de los niños habian llamado la atencion de los vecinos, que iban apareciendo á las puertas de sus casas, preguntando:

—¿Qué hay? ¿Qué estais ahí mirando?

—Eh, nada, dijo el padre Barbedette; y su mujer añadió:

—Es que estos chiquillos se han vuelto locos: aseguran que están viendo cosas que nosotros no vemos.

Y para no ser perturbados por nadie, cerraron la puerta de la Granja, y rezaron con piadoso recogimiento los Padre-nuestros y Ave-marías. Terminadas las oraciones, dijo la madre:

—Mirad ahora á ver si veis algo.

—Sí, contestaron ellos, continúa como antes.

—Ea, repuso la buena mujer, voy á buscar mis gafas; puede ser que con ellas alcanze á ver.

Y volvió en seguida acompañada de Luisa. Púsose con gravedad las gafas, pero en vano. Tampoco pudo descubrir nada Luisa. Entonces la madre dijo á los niños con acento severo:

—Vamos, vamos, no estais viendo nada. Ea, á acabar de machacar las aliagas. Sois unos embusteros y visionarios.

Y penetraron en la Granja. A los cinco minutos la tarea estaba concluida, y salian á comer. Al poner el pié en la calle, contemplaron de nuevo la magnífica vision. La hermosísima Señora permanecía en el mismo sitio, mirándolos con dulce sonrisa.

—Si me lo permitiérais, decia Eugenio, me quedaría aquí.

—Vamos á cenar, replicó el padre.

Siguiéronle los niños, pero con pena. Por la vez primera en su vida, costábales trabajo obedecerle. Así es que iban andando muy despacio, como á la fuerza, sin dejar de mirar á la Señora y repitiendo á cada paso:

—Oh qué hermosa! oh qué hermosa!...

Eran entonces las seis y cuarto.

Al lavarse las manos, y mientras se secaban, volvieron á salir para admirar el mismo espectáculo. Despues volvieron á entrar en la casa, pero no permitieron sentarse. De pié y de prisa devoraron la cena, prorumpiendo en seguida Eugenio:

—Corramos, José, á ver si todavía sigue.

—Puesto que volveis, dijo la madre, rezad otros cinco Padre-nuestros y Ave Marías.

A los pocos minutos, recitadas ya las oraciones, salieron á la calle y exclamaron los niños:

—Continúa igual. La Señora es alta como la Hermana Vitalina (1).

—Sí? repuso la madre: pues vamos á buscar á Sor Vitalina. Las Hermanas son mejores que vosotros: si, pues, vosotros veis, tambien verán ellas.

José entró en la casa con su padre: y la madre, acompañada de Eugenio, se dirigió al Colegio de las Hermanas, situado al otro lado de la calle un poco á la derecha.

La buena Hermana se hallaba en aquellos instantes rezando el oficio.

—Hermana mia, díjole la madre, ¿quereis venir con nosotros? los niños aseguran que ven una cosa que nosotros no vemos.

Siguióles la Hermana hasta la puerta de la Granja. Señaláronle los niños hácia el lugar de la vision, é hiciéronle la pintura de la hermosa Señora.

—Por mas que abro los ojos, no puedo ver nada: dijo Sor Vitalina.

El niño insistia, hasta que con acento contrariado repuso:

—¿Pero qué, Hermana mia, no veis? Mirad bien aquellas tres estrellas que forman un triángulo (2).

—Sí, respondió la Hermana.

—Pues bien, la cabeza de la Señora viene á caer en medio.

—No puedo descubrir nada.

Así habló Sor Vitalina: despues se dirigió al Colegio con Victoria (tal es el nombre de pila de la madre Barbedette y así se la llama en el pueblo) que la dijo:

—Yo os suplico, Hermana mia, que no hableis á nadie de esto: los niños están locos.

Sor Vitalina al entrar vió al lado de la hoguera en la cocina, á Francisca Richer, de once años de edad, natural de Loroux, diócesis de Rennes, á Juana María Lebossé de nueve años, natural de Gonet, diócesis tambien de Rennes, y á otra tercera educanda.

—Venid, niñas, les dijo, venid conmigo: Victoria os vá á enseñar una cosa.

Francisca no se atrevia á salir: tenia miedo y además hacia mucho frio. Siguió sin embargo á Juana María, y á la puerta se reunieron con Victoria, á quien preguntaron:

—Qué quieres? qué tienes que enseñarnos?

—Acompañadnos, y vereis.... en verdad que yo misma no lo sé, pues no lo he visto.

Llegados á la pared de la casa de Rousseau el cordonero, gritó Juana María:

—Veo una cosa encima de la casa de Agustin Guidecoq, pero no sé lo que es.

Y echaron á correr hácia la puerta de la granja, desde donde las llamaba Eugenio. Ya en este sitio, prorumpieron á gritos inmediatamente:

—Oh! es una Señora! y qué hermosa!..... tiene un trage celeste..... y estrellas de oro!....

Y repiten cuanto habian dicho antes los otros dos niños.

En este momento sale José de su casa y vuelve á la puerta de la granja. Al mismo tiempo que él, llega Sor Vitalina seguida de otra religiosa, Sor María Eduarda.

—Qué veis, niños? les pregunta.

Y contestan los cuatro á la vez:

---

(1) Sor Vitalina tiene 1 metro y 65 centímetros.

(2) Todos los que estaban presentes vieron muy bien las tres estrellas. Si nuestros cálculos no nos engañan, la Señora debia estar el 17 de Enero á las 6 de la tarde en la constelacion conocida por la Osa mayor ó el Carro. Sin embargo, las tres estrellas α, β, γ de esta constelacion no forman el triángulo tal como se nos ha pintado. Además los niños y sus padres nos aseguran que habiendo vuelto á colocarse al otro dia y siguientes á la puerta de la granja, no han podido encontrar estas mismas tres estrellas.

—Vemos una hermosa Señora....

Y hacen la descripcion completa que ya hemos dado al principio. En cuanto á Sor María Eduarda, confiesa tambien con pena que no descubre nada: despues añade:

—Puesto que solo los niños la ven, es menester llamar á otros niños, y que sean mas chicos.

Y corre á casa de Mr. Friteau, y le manda que lleve á su niño á la granja de Barbedette. Desde aquí vuela á casa del Cura y le dice con tembloroso acen á causa de la emocion:

—Señor Cura, venid á la granja de Barbedette: hay allí un prodigio.... una aparicion.... Los niños ven á la Vírgen...!

—¡Un prodigio!... ¡una aparicion...! ¡La Vírgen!... repite el venerable anciano con trémula voz. Hermana mia, me infundís miedo!

Y queda inmóvil un momento. Pero ya la vieja Juana, su criada, habia encendido la linterna y decía:

—Hay que salir á verla....

Y salieron. A la puerta encontraron al niño Eugenio Friteau, de seis años y medio, á quien conducia de la mano su abuela despues de haberlo abrigado con un capote.

Entretanto Sor Vitalina, rodeada de los niños y otras muchas personas que acudian de todas partes, rezaba en medio de la calle el Rosario de los Mártires del Japon. A poco de haberlo comenzado, llegó el Cura con el pequeño Eugenio Friteau y Sor María Eduarda, que de lejos gritaba á los niños:

—La veis todavía?

—Sí, Hermana mia, contestaron.

Tambien vió á la Señora Eugenio Friteau: sus respuestas estuvieron acordes con las de los demás niños.

La mujer de Boitin el herrador, atraido por los gritos de la calle, acudió tambien, llevando en sus brazos á su niña de dos años y medio. Apenas tendió sus ojos á la aparicion, cuando empezó á agitar sus manitas, contestando á cuantas preguntas se le hacian con estas palabras que le habia enseñado á repetir su madre: ¡Jesus...! ¡Jesus...!

El venerable Párroco interrogó en vano al cielo con su vista, pues nada pudo distinguir. Aproximábase á la puerta de la Granja, cuando gritaron á una voz todos los niños.

—¡Oh! ¡Se forma una cosa!

—¿Qué veis? preguntó el Cura.

Y al mismo tiempo dijeron que veían un gran círculo, del mismo color celeste del vestido, de figura ovalada y de la anchura de la mano en toda su extension, que rodeaba á la Señora como á pié y medio de distancia, formando una inmensa auréola.

Cuatro velas aparecían colocadas en la parte interior del cerco celeste del cual salian, dos á la altura de las rodillas de la Señora y dos á la de sus hombros. Tambien vieron sobre el pecho una crucecita roja del largo de un dedo.

Los curiosos se aumentaban cada vez mas: rodeaban ya á los niños mas de cincuenta personas que no paraban de hacerles preguntas acerca de la Señora. Unos, encantados de la conformidad de los cinco niños en la explicacion y el acento de sinceridad con que se producian, daban crédito á sus palabras, y se mostraban vivamente impresionados, no obstante su variedad en caractéres y edades. Pero tambien los habia incrédulos. Juan Guidecoq, hermano del estanquero, dijo á Eugenio.

—Si ves tú, por qué no he de ver yo tambien? Si tuviese un anteojo ó un pañuelo de seda, veria eso lo mismo que tú.

—Nada mas fácil, continuó Victoria, en casa tengo yo uno.

A poco volvia con un pañuelo de seda.

—Probad á ver, dijo entregándolo á Guidecoq.

La tentativa fué desgraciada, y el infeliz éxito fué acompañado de una estrepitosa carcajada de los presentes que se pusieron luego á hablar en alto. Entonces Eugenio Barbedette, que estaba en medio de la calle, exclamó:

—Ahora pone el semblante muy triste...!

Los demás niños confirmaron su dicho, asegurando que la Señora tomaba una expresion de profunda tristeza cuando los circunstantes, sin hacer caso de Ella, hablaban alto, reían ó ponian en duda su presencia.

El digno Párroco, que habia entrado en la Granja, impuso entonces silencio.

—Si tan solo la ven los niños, decia, es porque son mas dignos de verla que nosotros.

—Señor Cura, dijo Sor María Eduarda, ¿por qué no hablais á la Vírgen?

—¡Ah! pronunció el buen anciano con acento conmovido y con profunda humildad, si no la veo, qué podré yo decirla?

—Pero á lo menos podíais decir á los niños que la hablasen.

—Recemos, continuó el venerable Párroco.

Arrodilláronse todos, unos en la Granja, otros á la puerta. Solo estaba abierto el postigo. Sor María Eduarda, de rodillas en el umbral, comenzó á rezar el Rosario, el cual era contestado por todos. Mientras el rezo, pareció que la Señora tomaba mayor estatura.

—Es dos veces como la Hermana Vitalina, decian los niños.

El círculo celeste se extendió tambien en la misma proporcion. Las estrellas del *tiempo* (1) parecía, á los ojos de los niños, como que se detenian en su carrera (2) y venian á colocarse á sus piés de dos en dos. Al mismo tiempo se multiplicaban en el vestido.

—Parece un hormiguero, aseguraban los niños: pronto vá á estar dorado todo el vestido.

Sor Eduarda entonó el *Magníficat*, pero no habia terminado el primer verso cuando los cuatro niños (Eugenio Friteau se habia ido) exclamaron á la vez:

—Se forma otra cosa.... Es como un baston.... Como el palo de una M.... Sí, es una M como la de los libros.

Un gran cartel blanco, como de metro y medio de largo, apareció debajo de los piés de la Señora y del cerco celeste. Parecía á los niños que una mano invisible trazaba lentamente sobre este fondo de resplandeciente blancura bellos caractéres de oro.

Interrumpióse unos minutos el *Magníficat* (3). Mientras este silencio, se formó la primera letra.

—Es una M, decian los niños. En seguida exclamaron:

—Comienza otra letra, es un A. Y no quitaban los ojos de aquella parte del cielo en que veían tantas maravillas, disputándose cada uno el ser primero que pronunciase la letra que aparecía. Luego leyeron una I y una S.

---

(1) Así distinguian los niños las estrellas ordinarias de las que veían sobre el vestido de la Señora, que tenian, segun ellos, cinco puntas como las estrellas que están en la bóveda de la Iglesia. ¿Qué estrellas del *tiempo* eran estas? Lo ignoramos. Solo los niños las veian, y su número era de cerca de cuarenta. Los demás solo distinguian las otras tres de que ya hemos hablado antes.

(2) Al modo, aseguraban, que se detiene mucha gente en una calle para dejar pasar un carruaje que la atraviesa.

(3) Estas interrupciones fueron muy frecuentes y mas ó menos prolongadas durante las oraciones y los cantos. Unos y otras se paraban para preguntar ó escuchar á los niños.

La palabra MAIS (1) permaneció sola casi diez minutos.

En este momento pasaba por allí un vecino del pueblecito, llamado José Babin. Sorprendido al oir aquellos cantos y al ver tanta gente reunida, dijo:

—No hay mas remedio que rogar á Dios; los Prusianos están en Laval (2).

Esta nueva, que por su naturaleza debia poner en conmocion á todo el pueblo, no hizo la menor impresion en los presentes.

—Aunque estuviesen á la entrada de nuestro pueblo no tendríamos miedo alguno, dijo una mujer.

José Babin entró en la Granja donde le refirieron todo lo que veían los niños, por lo que participó de la emocion general y se puso á rezar con ellos.

Entretanto continuaban los niños el canto del *Magnificat*. Al final de él leian en letras de oro de 25 centímetros de altura:

MAIS PRIEZ, MES ENFANTS (3).

Cien veces deletrearon los niños y leyeron estas palabras, instados por el Párroco, las Hermanas y los circunstantes. Jamás se detenian un punto, nunca titubeaban ni incurrian en contradiccion.

Todos participaban de la mas profunda y religiosa emocion. Los incrédulos ya no osaban reirse, y la mayor parte de los presentes lloraba.

La hermosa Señora sonreía siempre. Eran entonces las siete y media.

Abrióse la puerta grande de la Granja en la que mas de sesenta personas buscaban un abrigo contra el frio que era ya escesivo. A la entrada se colocaron sillas en las que se sentaron los niños. A cada momento se levantaban para manifestar, con gestos animados y expresivos, los sentimientos de admiracion que les inspiraba el espectáculo de la vision, que ellos y nadie mas que ellos tenian la dicha de contemplar.

—Vamos, dijo el Cura, á cantar las letanías de la Vírgen, y á pedirle que manifieste su voluntad.

Sor María Eduarda comenzó las letanías. A la primera invocacion, gritaron vivamente los niños:

—Se forma otra cosa.... Son letras tambien.... Una D.....

Y ya uno ya otro, procurando cada cual ser el primero, fueron nombrando las letras de las siguientes palabras, cuya escritura quedó terminada al fin de las letanías:

DIEU VOUS EXAUCERA EN PEU DE TEMPS.

Estas palabras estaban escritas en la misma línea que las primeras, siendo de igual tamaño y tambien de oro. Despues de la palabra TEMPS habia un punto, tan grande como las letras, y como estas de oro: los niños lo comparaban á un sol. Fácil es adivinar el júbilo de los asistentes al recibir esta misericordiosa promesa; *Dios os oirá dentro de poco* (4). Por todas partes no se oían mas que ex-

---

(1) Dejamos las palabras en francés y tales como se escribieron, pues solo en su original tienen explicacion muchas de las expresiones de los niños. Aunque suponemos que todos los lectores las entenderán, ponemos su traduccion castellana al pié. *Mais*, Pero. (NOTA DEL TRADUCTOR.)

(2) El rumor de la ocupacion de Laval se habia extendido por toda la Bretaña. Sin embargo no era cierto; solo estaban á dos kilómetros de la Ciudad, cuyos habitantes con razon aguardaban el momento de verlos entrar. La Santísima Vírgen protegió la ciudad donde tantos fieles la invocan en el antiguo Santuario de Avénières. El solemne voto á que atribuimos nuestra salvacion, se hizo en esta Iglesia el Viérnes 20 de Enero (tres dias despues de la aparicion) por el Sr. Obispo, rodeado de todo el Clero y una gran muchedumbre de fieles.

(3) Pero rogad, hijos mios.

(4) Dios os oirá dentro de poco. Preguntamos á Eugenio con qué intencion

clamaciones gozosas en medio de lágrimas y suspiros producidos por la mas viva emocion. La Señora miraba á los niños y sonreía.

—¡Se sonríe, se sonríe!... gritaban los niños riendo tambien ellos con infantil alegría.

Cantóse despues el *Inviolata*. Al empezarlo anunciaron los niños que aparecían nuevas letras sobre el mismo cartel blanco pero en un segundo renglon. En el momento en que acababa de cantarse *¡O douce et bien-aimée Mère du Christ!*... (1), los niños habian pronunciado letra por letra estas palabras:

MON FILS..... (2)

Un rumor y emocion indecibles se produjeron en el concurso.

—¡Sí, sí, es la Santísima Vírgen! decian los niños.

—¡Es Ella, es Ella...! repetía el pueblo.

Al fin del *Inviolata* y *Salve Regina*, que siguió á aquella, la mano misteriosa é invisible trazó nuevas letras. Los niños leyeron:

MON FILS SE LAISSE (3).

Sor Vitalina que estaba sentada en medio de los niños, díjoles entonces:

—*Mon fils se laisse*.... Eso no hace sentido. Mirad bien: sin duda dirá: *Mon fils se lasse* (4).

—Nó, nó, Hermana, decian, hay una I.... Y repetian una y otra vez la palabra *laisse*. A poco exclamaron con viveza:

—Aguardad, aguardad... es que aun no está acabado: hay mas letras.

Antes de finalizar la *Salve*, leyeron:

MONS FILS SE LAISSE TOUCHER (5).

Un gran rasgo, dorado como las letras, se formó lentamente debajo de esta segundá línea.

Habian cesado los cantos. La multitud conmovida, oraba con recogimiento. El silencio no era turbado mas que por la voz de los niños que repetían á cada instante la inscripcion entera, que abajo copiamos tal como la describieron á los circunstantes y despues la han reproducido á nuestra vista un sin fin de veces.

PERO ROGAD, HIJOS MIOS; DIOS OS OIRÁ DENTRO DE POCO.
MI HIJO SE DEJA CONMOVER.

—Elevad un cántico á la Vírgen, dijo el venerable Párroco. En seguida cantó Sor Eduarda:

María, dulce nombre,
Madre de la esperanza,
Ruega á Dios por nosotros,
Y proteje á la Francia.

Entonces la Santísima Vírgen levantó á la altura de sus hombros, las manos que hasta entonces habia conservado caidas y abiertas, y agitando dulcemente los dedos, como si fuera acompañando el canto de los niños, los miraba con una sonrisa de infinita dulzura.

---

habia hecho sus oraciones y nos respondió:—Yo oraba para que no fuese herido mi hermano, para obtener la paz, la retirada de los Prusianos y la vuelta de la tranquilidad. Entonces sintió que era escuchado. Todos los asistentes dijeron:—La guerra vá á terminar: vamos á gozar de paz.—Sí, dijo el niño, *pero* rogad. É hizo comprender á todos el sentido de esta palabra *pero* que hasta entonces habia parecido extraordinaria.

(1) Oh dulce y queridísima Madre de Cristo!
(2) Mi Hijo.
(3) Mi Hijo se deja....
(4) Mi Hijo se cansa.
(5) Mi Hijo se deja conmover.

—¡Se ríe, se ríe!... gritaban los niños. Y daban saltos de júbilo, batiendo palmas, y repitiendo una y mil veces con una expresion imposible de retratar:

—¡Oh qué hermosa! ¡Oh qué hermosa!....

A la vez lloraban y reian con ellos todos los asistentes. En los rostros de los felices niños veían pintados, junto con la mas viva sinceridad, como un dulce reflejo de la sonrisa producida por los transportes del júbilo.

Hácia el final del cántico, que tiene ocho estrofas, la inscripcion permaneció completa cerca de diez minutos. Despues se desvaneció. Pareció á los niños que una faja de color celeste, pasando rápidamente sobre las letras, las ocultaba á sus ojos. Luego cantaron:

Dulce Jesus, el tiempo ya es venido
De dar perdon al pecho penitente,
A tu Bondad Suprema ni un latido
Jamás ofenderá mientras aliente.

El semblante de los niños cayó en una profunda tristeza. Era un reflejo de la vision.

—Se entristece, decian. Y exclamaban á poco.

—¡Se forma otra cosa!

Y vieron á los piés de la Vírgen una cruz roja, como de sesenta centímetros, sobre la que habia un Cristo del mismo color. La Señora bajó sus manos, que durante el canto anterior las habia mantenido á la altura de los hombros, y tomó el Crucifijo, inclinándolo hácia los niños, á quienes parecía presentarlo. En lo alto de la Cruz sobre un papel blanco muy grande, estaba escrito con letras rojas: JESUCRISTO.

Como de estribillo á cada copla del canto, se entonaba el *Parce Domine*. La Santísima Vírgen parecía orar tambien con los circunstantes, llena de tristeza y recogimiento.

De pronto se separó de sus piés una de las estrellas y subiendo por el lado izquierdo, atravesó la faja ó cerco celeste y encendió la vela que se hallaba á la altura de las rodillas: luego hizo lo mismo con la que estaba al hombro izquierdo. Y elevándose despues sobre la cabeza de la Vírgen, corrió al lado derecho y prendió en las otras dos velas. En seguida se elevó otra vez, penetró de nuevo la aureola y fué á colocarse encima de la cabeza de la Vírgen, donde permaneció suspendida.

El pueblo silencioso y conmovido oraba sin cesar. Sor María Eduarda entonó el himno, *Ave maris stella*. Mientras se cantaba desapareció el Crucifijo. La Señora, abriendo los brazos tomó la forma de la Concepcion. Sobre cada uno de sus hombros apareció una crucecita blanca como de veinte centímetros.

—Estas cruces, decian los niños, estaban fijas sobre los hombros de la Vírgen.

—La Madre de Dios sonreía otra vez á los niños, que gritaban gozosos:

—¡Se ríe...! ¡Se ríe...!

Eran entonces las ocho y media. El venerable anciano dijo:

—Amigos mios, vamos todos ahora á hacer el rezo de la noche. Y se arrodillaron.

Al hacer el exámen de conciencia, los niños, que no quitaban los ojos de la celestial vision, anunciaron que un gran velo blanco se elevaba de los piés de la Vírgen y subia lentamente hasta cubrir la cintura: luego siguió subiendo poco á poco y llegó al cuello.

Ya no veían los niños mas que el rostro hermosísimo de la Señora que continuaba sonriéndoles.

A poco veló su cabeza. Solo quedaba ya visible la corona con la estrella que sobre ella estaba fija. Momentos despues, desapareció todo, junto con el gran cerco

celeste y las cuatro luces que habian permanecido encendidas hasta el fin de la vision.

El Párroco llamó á los niños desde el interior de la Granja donde se encontraba sentado.

—Veis ahora algo? les preguntó.

—Nó, Señor Cura, contestaron á la vez, todo ha desaparecido. Nada hay ya.

Eran las nueve menos cuarto.

El pueblo se fué retirando poco á poco, hablando de un acontecimiento tan prodigioso y llevando en sus corazones una impresion indefinible de profunda dulzura.

Este maravilloso suceso se estendió con la rapidez del pensamiento. Ni un solo incrédulo se encontraría en toda la Parroquia.

—Conocemos muy bien á los niños, decian todos, y no son capaces de inventar una cosa como esta.

Todas las noches, del pueblo y aldeas circunvecinas acuden multitud de fieles á la Iglesia, demasiado pequeña para recibir á tanta gente. Se reza el Santo Rosario, se entonan algunos de los himnos cantados en la Granja la noche de la aparicion, y solo los que han asistido á tan religioso acto podrán imaginarse la ardiente fé y religiosa piedad de aquella muchedumbre piadosa. Nosotros nos hemos conmovido hasta el punto de derramar lágrimas.

Y al salir de la Iglesia todos tienden los ojos al Cielo y preguntan á los niños si ha vuelto á aparecer la celestial vision.

Muchos peregrinos, venidos unos de las diócesis limítrofes, y de mas lejos otros, acuden continuamente al pueblecito de Pontmain. Visitan la Granja, ven y preguntan á los felices niños, que á pesar del cansancio que tanta pregunta les causa, se prestan de buen grado y con gusto á cuanto se exige de ellos.

Muchas personas, hasta hoy incrédulas, han venido á Pontmain atraidas por un sentimiento de mera curiosidad; pero heridas y cautivadas á pesar suyo por la sencillez y candor de los niños, y por las maravillas de que han sido testigos dichosos, se vuelven convencidas de su veracidad y de la misteriosa y consoladora aparicion.

La Diócesis de Laval, tan profundamente religiosa, se considera feliz al pensar que ha sido escogida por la Santísima Vírgen para manifestar su maternal cariño y los misericordiosos designios de su divino Hijo sobre nuestra culpable y desgraciada nacion.

Correspondamos á tan insigne favor, redoblando nuestra fé, nuestro amor y confianza, y manifestándonos cada vez mas devotos de la Madre de Dios.

¡Ojalá que las piadosas ofrendas de los peregrinos permitan levantar muy pronto en Pontmain bajo el lugar de la aparicion una capilla, que enseñe á las generaciones venideras, unido al testimonio de nuestro filial reconocimiento, el recuerdo de las misericordias de María!

CARTA PASTORAL del Sr. Obispo de Laval al clero de su Diócesis, con motivo del acontecimiento de Pontmain.

Laval, Sábado Santo, 8 *de Abril de* 1871.

Queridos Cooperadores:

Antes de abrir la larga serie de nuestras visitas pastorales del presente año, hemos querido publicar algunas líneas acerca del hecho que ha tenido lugar el dia 17 de Enero en la pequeña Parroquïa de Pontmain. No es nuestro ánimo caracterizar ni calificar las circunstancias de este suceso; pero esto no obsta para que lo creamos digno de conservarse en los archivos parroquiales, al lado de los acentos dolorosos que ha arrancado de nuestro corazon la triste época que atravesamos y de la que aun no nos vemos libres por completo.

De Landivy recibimos en un escrito muy detallado la primera noticia de los

sucesos verdaderamente extraordinarios que acababan de realizarse en Pontmain el 17 de Enero desde las seis hasta cerca de las nueve de la noche. El digno sacerdote que nos enviaba el relato, persona de recto criterio y de toda nuestra confianza, nos declaraba que invitado por el respetable anciano, Cura de la Parroquia, á que fuese á Pontmain para enterarse de lo que tenían que contarle cuatro de sus pequeños Feligreses, no habia podido menos de acceder á su deseo tan vivamente expresado, pero que al ponerse en camino iba dispuesto á no dar asenso á nada de cuanto se le refiriese.

Mas sucedió todo lo contrario. Despues de haber oido sucesiva y separadamente á cada uno de los niños, despues de haberles hecho numerosas objeciones, y puesto en juego todos los medios imaginables para hallar contradiccion entre las respuestas de unos y otros y en las de cada uno en particular: despues de haberlos visto afirmar invariablemente las mismas declaraciones acerca de todos los puntos, con las señales mas evidentes de una inteligencia segura y cierta, y de una conciencia al mismo tiempo incapaz de inventar y sostener con tanta imperturbabilidad una série de mentiras que serian horribles en materia tan grave: el respetable Dean de Landivy vió, sin manifestarlo á nadie, que surgían en su alma nuevos sentimientos, y así me lo confesaba en su carta.

Esta comunicacion quedó sin respuesta durante algun tiempo. Despues recibimos otras que lograron la misma suerte. Pedidas algunas explicaciones y requeridas ciertas noticias, recibimos á poco un nuevo relato mas preciso y completo que el anterior, pero que ni discrepaba de este en lo sustancial, ni agregaba nada nuevo. Estos relatos, por dignos que fueran de estima, no podian bastarnos en modo alguno, por lo que juzgamos conveniente que algunos sacerdotes respetables de Laval y Profesores de nuestro Seminario, fuesen á visitar á Pontmain, aunque sin mision formal, para ver y hablar á los niños. Uno de estos dignísimos sacerdotes hizo dos viages, y pasó allí todo el tiempo necesario para recoger de los niños, de sus padres, de las Institutrices, y de casi todo el pueblo cuanto pudiera dar nueva luz al conjunto de los hechos referidos, y sobre el valor que convendria atribuirse al testimonio prestado por los niños. El resultado de estas investigaciones ha podido leerse en el opúsculo que dicho señor ha redactado y publicado, con nuestra autorizacion y permiso, bajo el título de *Acontecimiento de Pontmain* (1).

Por último, recientemente Mr. Vincent, nuestro Vicario General, recibió de Nos el encargo de personarse en dicha Parroquia en union del Arcipreste de Ernée y el Sr. Dean de Landivy en calidad de asistentes, para abrir una informacion canónica acerca de este suceso y todo lo que á él se refiriera. Dicha informacion se ha hecho, y ha resultado tan ámplia como ha sido posible. En nada contradice á los relatos anteriores de que tanto se ha hablado y que tan conocidos son de todos.

Nada indica que pueda surgir ya duda alguna, y en cualquiera otra materia no titubeariamos en asegurar que la causa está plena y suficientemente instruida. Pero la Iglesia no tiene costumbre de precipitarse en sus juicios, y Nosotros ajustaremos nuestra conducta á la de la Iglesia. El proceso permanecerá por ahora en poder nuestro para estudiarlo con madurez. Y si, como esperamos, llega el momento en que nos sea posible y permitido declarar que esto no es un abominable concierto de cuatro niños que han inventado tan peregrina historia, sino que estos niños, de los que el mayor solo cuenta doce años, pertenecen á familias honradas y sinceramente cristianas: que tienen inteligencia de lo que dicen, y brillan por su virtud y piedad: y que en sus palabras no se descubre la menor sombra de alucinacion ó mentira: confiad en que así sabremos declararlo. Y si del mismo modo llega á sernos posible y evidentemente permitido, como tambien lo creemos, declarar con plena seguridad de conocimiento y de conciencia, que la Inmaculada Vír-

(1) Es el mismo que damos traducido en las anteriores páginas.

gen, nuestra Madre y perpetua Patrona, se ha dignado aparecer y ser vista durante mas de dos horas por estos piadosos é inocentes niños, en medio de una multitud atenta y conmovida de fieles que no veian nada: y que es Ella misma la que ha tenido la dignacion de hacer brillar el dia 17 de Enero de 1871, á vista de los niños en grandes caracteres de oro, estas palabras poco á poco escritas: Pero rogad, hijos mios: Dios os oirá dentro de poco. Mi Hijo se deja conmover: podeis esitar seguros de que, con gran satisfaccion de nuestra parte, proclamaremos muy alto esta verdad. Pues no pertenecemos al número de esas inteligencias raquíticas que suponen que Dios no se ocupa de las cosas de este mundo, ó que creen que son difíciles los milagros á Aquel que es la Bondad por esencia, y á Quien se ha dado todo poder en el cielo y en la tierra.

Pero ya lo hemos dicho; esperamos que pronto llegará el momento de hablar con mayor claridad y certeza. Entretanto, no vemos inconveniente alguno en manifestaros desde hoy que la citada aparicion de Pontmain y la creencia que así lo testifica, no han dado lugar á desórdenes de ningun género, sino que, antes al contrario, han contribuido á avivar la piedad de los pueblos; y que el deseo por muchos manifestado de levantar un Santuario bajo el lugar donde se realizó la celestial aparicion, será cumplido á condicion de que dicho Santuario no reciba advocacion alguna que no sea por Nos autorizado. Este no será por consecuencia sino un modesto altar ó un nuevo templo dedicado á la Gloria de Dios en honra de la misericordiosa Madre de Dios y de los hombres, cuyos innumerables beneficios cubren la sobre-haz de la tierra.

Hé aquí lo que teníamos que deciros.

Recibid, mis queridos cooperadores, fieles servidores de Dios y de María, mis mas vivos sentimientos de cariñosa atencion en Nuestro Señor y en su Santa Madre.

† Casimiro-Alejo-José, *Obispo de Laval.*

LA SALETA, LOURDES, PONTMAIN.

Estas tres apariciones de la Santísima Vírgen en Francia, se han verificado de doce en doce años. Tuvo lugar la primera en 1846, la segunda en 1858 y á principios de 1871 la tercera. Cada una de ellas tiene su carácter particular, y sin embargo las tres parecen unidas por un lazo comun y tienden á un mismo fin.

Han corrido 24 años desde el hecho de la Saleta. En una mañana despejada de Setiembre, como al mediodia, se apareció la Vírgen en una montaña del Delfinado, llamada *La Saleta*, á dos pastorcillos, Maximino Giraud y Melania Matthieu, de edad de doce años aquel y trece esta. La Reina del Cielo cercada de resplandeciente luz apareció sentada, ocultando el rostro con sus manos, y como poseida de profunda tristeza. Despues se levantó, hizo que se le aproximasen los niños y les dirigió la palabra. "Al hablarnos, escribía mas tarde Melania, gemía y derramaba copiosas lágrimas. Estas eran brillantes y no caían sobre la tierra, sino que desaparecían como centellitas de fuego. El rostro de la Vírgen era blanco y afilado: sus ojos eran dulces y la mirada tan afable que nos cautivaba y atraia hácia Ella."

Las primeras palabras de María á los pastorcillos fueron estas: "Si mi pueblo no quiere someterse, mi Hijo descargará por fin su brazo, que es tan pesado y terrible que ya no puedo detenerlo mas." En seguida enumeró las causas de la cólera divina, la profanacion del Domingo, la blasfemia y la transgresion de las leyes de la Iglesia. Despues predijo los males que vendrian á visitar la tierra en castigo de aquellos pecados, las cosechas se perderían, el hambre asolaría la faz de la tierra y una mortandad espantosa se pasearía por los pueblos. Pero que si los hombres se convertían á Dios, este los perdonaria y su bendicion derramaría la abundancia sobre la tierra.

La divina Mensagéra terminó su discurso diciendo á los niños: "Vosotros, hijos mios, repetireis esto á todo mi pueblo." Antes de dejarlos, confió á cada uno de ellos un secreto que han sabido guardar fielmente: Nuestro Santísimo Padre Pio IX ha sido el único á quien se ha comunicado. No es ocasion ahora de referir los innumerables prodigios que han venido á confirmar la verdad de esta aparicion. La fuente que brotó del seno de la roca, las curaciones y repetidas conversiones allí verificadas, el numeroso concurso de peregrinos llegados de todas partes, y el culto de Nuestra Señora de La Saleta, autorizado por la Iglesia, han tenido eco en todo el mundo. Ni tampoco nos detendremos en probar el carácter conminatorio de esta mision de María: la Vírgen enumera las infidelidades de su pueblo, anuncia terribles venganzas, é invita á sus hijos á que se conviertan de una vez. El secreto que revela á los niños, y especialmente á Melania, predice espantosos castigos particularmente para la Francia. Esta ha visto ya cumplida parte de la profecía; una tempestad de sangre y fuego ha caido sobre su suelo durante seis meses: sus ejércitos, hasta ahora victoriosos, han sido destrozados y hechos prisioneros en masa: catástrofes nunca oidas han venido á humillarla, á empobrecerla y abatirla.

Doce años mas tarde, vuelve á aparecer la Madre de Dios sobre una gruta de los montes Pirineos. Bernardita, niña de doce años, vé un dia sobre dicha gruta una Señora de maravillosa bondad y resplandeciente luz y belleza. Su traje es blanco con una faja celeste, y una ráfaga luminosa rodea su cabeza. La niña se aterra, pero el rostro de la Señora respira tanta dulzura y bondad que cobra confianza, y se le acerca á una señal que la hace. La misteriosa desconocida le habla en el dialecto del país y le dice: "Soy la Inmaculada Concepcion." Despues le manifiesta su deseo de que se la erija allí un Santuario. Las apariciones se repiten durante un mes, y llegan al número de 18. Bernardita vá todos los dias á la gruta: acompáñala un pueblo inmenso que, aunque no vé á la Vírgen, observa á la niña que reza transfigurada, extática, sonriendo á su querida vision, y suspendida algunas veces sobre la tierra por una fuerza invisible. Como señal de su presencia, la Vírgen hace brotar de la roca una fuente pura y abundante, emblema de las gracias que vá á derramar en aquel santo recinto. Las curaciones y milagros empiezan á multiplicarse. Levántase sobre la roca un magnífico Santuario. Los incrédulos van á visitarlo y deponen su incredulidad y se hacen fervientes católicos. Uno de ellos, Enrique Lasserre padece de una ceguera incurable, pero aun es mayor la que domina á su pobre alma: el agua de la fuente devuelve la luz á sus ojos, y abre su alma á la verdad católica que hasta entonces habia menospreciado. De su pluma inspirada brota como poético tributo de amor y reconocimiento la preciosísima obra que ha publicado acerca de la *Aparicion y milagros de Nuestra Señora de Lourdes*, y que constituye mas bien que una respuesta, una gloriosa victoria sobre el racionalismo sistemático que niega toda intervencion sobrenatural. La incredulidad podrá presentar sofísticas razones, lanzar una mirada de desden, y burlarse de los milagros en la gruta verificados: pero estos son innumerables, evidentes, irrecusables y atestiguados por pueblos enteros, por ignorantes y por sábios, por las autoridades civiles y por la misma ciencia. Y cuenta que la ciencia del siglo diez y nueve, no es la oscurantista y bárbara de las pasadas generaciones, como dicen en su nécia petulancia los modernos sábios que hoy pretenden dar lecciones á la humanidad.

¿Y cuál es el carácter predominante de la aparicion de Lourdes? Creemos que es el gozo. María se muestra siempre radiante de dulzura y en todo el esplendor de Vírgen Inmaculada. Un acento sublime y divino brota de su boca: "Yo soy la Inmaculada Concepcion." El augusto misterio, por Pio IX definido cuatro años antes, es á su vez proclamado por los labios inmortales de María. Esta afirmacion, hecha á poco de la Definicion Dogmática, irá á llenar de júbilo las almas, para acercarlas mas y mas hácia el ideal sublime de la pureza sin mancilla.

¿Y esta aparicion se relaciona con las otras dos? Así lo creemos.

A poco de las amenazadoras predicciones de La Saleta, habia sido proclamado el dogma de la Concepcion. Por este solemne homenage rendido á su pureza, esperaban los fieles de María una recompensa extraordinaria: recompensa para el Pontífice que habia pronunciado aquella palabra de fé: recompensa para la Iglesia y los fieles que la habian acogido amorosamente. Y cuando este dulce presentimiento hace palpitar los corazones de todos, hé aquí que durante un mes se deja ver en la tierra en el brillo de su Inmaculada Concepcion, como si de este modo quisiera darnos á entender que bajo tan hermoso nombre sería la Libertadora del mundo. ¿Y no es este un rayo de esperanza, que luce entre la amenaza del castigo y su terrible cumplimiento? El mundo será salvado por María Inmaculada. La Iglesia, libre de sus enemigos por María, salvará al mundo.

Veamos ahora confirmada esta esperanza por María. Francia, la nacion mas terriblemente amenazada segun la revelacion hecha en La Saleta, se encontraba en el mayor abatimiento el dia 17 de Enero del presente año. Una guerra asoladora, cuyas circunstancias no registra jamás la historia de los pueblos, la había humillado, empobrecido y destrozado. En estos momentos de desesperacion y de agonía, muéstrase por tercera vez la Madre de Dios. Segun el testimonio de los niños de Pontmain, la nueva aparicion tiene ciertos puntos de contacto con la de Lourdes. La Vírgen se presenta bajo la forma de Inmaculada Concepcion. Conviene notar sin embargo una diferencia. La Vírgen de Pontmain lleva el luto de las desgracias de la Francia: un velo negro cubre su cabeza y cae sobre sus hombros.

Y no obstante su tristeza, María trae al mundo un mensage de esperanza y consuelo. Durante su presencia, que dura tres horas, son cortos los instantes en que deja de sonreir á los niños. Además, dá á comprender con un signo magnífico el carácter de su mision. Una mano invisible traza á sus piés con letras de oro estas consoladoras palabras: PERO ROGAD, HIJOS MIOS, DIOS OS OIRÁ DENTRO DE POCO. MI HIJO SE DEJA CONMOVER. Luego muestra á este Hijo Crucificado, y el dulcísimo nombre de JESUS aparece sobre la cruz roja. Diez dias despues de este acontecimienso, la pobre y desgarrada Francia respiraba á la noticia del armisticio, seguido á poco de los preliminares de la paz, y en ella podemos ver ya un primer beneficio alcanzado por la proteccion de María. Esta paz, por miserable y vergonzosa que sea, es sin duda alguna un mal menos deplorable y terrible que el tristísimo estado en que se encontraba la Francia, pues la infeliz ya no se batia, sino que se desgarraba mas y mas. Pero no será este el único beneficio de María: su sonrisa maternal y las palabras escritas en el cielo, manifiestan que muy pronto Dios se dejará vencer por las oraciones de los justos, y hará brillar así en la castigada Francia como en las demás naciones del mundo el triunfo de la verdad y de la justicia.

La Saleta, Lourdes, Pontmain: hé aquí tres manifestaciones de su inmenso amor de madre. La Vírgen defenderá la causa de su pueblo. La salvacion del mundo será el don de la Inmaculada María: toda la tierra lo sabrá, y Jesucristo y su divina Madre serán glorificados.

Este impreso está de venta en Cádiz al precio de medio real en las principales librerías. En Madrid en casa de D. Miguel Olamendi.—Se remite fuera franco de porte, enviando un sello de medio real á D. José María Leon y Dominguez, presbítero, calle de San Juan núm. 40, Cádiz.—En los pedidos hechos al por mayor, por libreros ó personas piadosas que quieran propagar ó repartir gratis este opúsculo, se hará la siguiente rebaja: 25 ejemplares, 10 rs.—50 ejemplares, 19 rs.—100 ejemplares, 35 rs.—200 ejemplares, 64 rs.—300 ejemplares, 92 rs.—Para obtener esta rebaja hay que dirigirse al mismo Sr. Leon, en Cádiz. Al pedido debe acompañar su importe en libranzas ó sellos. No se concede descuento por comisiones ni giros.